

Escuchas telefónicas

Cartas al Director, Madrid, 25 de agosto, 1986

Son las siete y cincuenta y dos. Me interrumpe el sonido frío del teléfono mientras intento descansar algo en la sala de espera. La angustia ha sido mucha y la comunicación ha estado fallando. No sé nada de ellas todavía y me cuesta conciliar el sueño.

Respondo apresurado y del otro lado está mi cuñada, diciéndome que todo está bien, que no se corre peligro a pesar de las condiciones. Pido que me mantengan al tanto lo más posible, lo más que permitan estas llamadas constantes para ir avisando cómo avanza todo.

Cuelgo y trato de acurrucarme en mi chaqueta, tal vez sea el frío el que no me permite dormir. Me la imagino llegando, abriendo los ojos y tratando de encontrarme, pero estoy despacio, no creo estar a tiempo para cuando todo suceda. Es difícil esto de los trabajos a distancia, tan necesario hacer que el dinero llegue a la casa, pero tan abrumador que sea a costas de la ausencia.

Trato de dejar de lado la angustia, este pensar tanto las cosas y, poco a poco, mis ojos comienzan a cerrarse. Es imposible descansar realmente, porque aun con los ojos cerrados y algo cómo en este asiento, escucho la gente pasar, algunos niños corriendo, padres y madres llamándoles para que no hagan ruido, bolsas de comida que se abren... en fin, al menos me relajo y poco y trato de pensar menos.

Son las ocho y quince minutos. Siento primero cómo vibra mi teléfono en el bolsillo izquierdo y antes de dejarle sonar, lo atiendo. Es mi cuñada nuevamente. Ya las han trasladado de habitación, pero aun todo sigue igual, estable, bien... normal dentro de lo posible. En este tiempo he podido soñar un poco con la idea de verla crecer, esperarme al llegar a casa, aunque esta espera sea a veces larga. Sueño con llevarla a la escuela, verla dibujar, ser quien quiera ser y acompañarla en este proceso. Cambio de posición, me apoyo sobre el lado derecho y de nuevo intento descansar.

Apenas termino de acomodarme, en los altavoces indican el inicio de abordaje. Temo alzar vuelo y perder toda comunicación hasta el aterrizaje. No quisiera pensar que algo suceda y a unos veinte mil pies de alturas suceda la magia y yo me la pierda. Trato de dejar pasar el tiempo para ser de los últimos en entrar y así aprovechar cada minuto. Me imagino cuando salgamos de viaje y yo aliste sus maletas, cuando le enseñe que la libertad de recorrer el mundo es, tal vez, de las mejores experiencias y que siempre será quien quiera ser, que nunca nadie podrá imponerle nada y que su voz deberá derribar cada frontera, que nunca olvide alzarla.

Mientras sonrío inconscientemente, van entrando los pasajeros uno por uno. Cada vez estoy más cerca de llegar; miro impaciente el teléfono, muevo mi pierna derecha con toda la ansiedad posible, me llevo las manos a la cabeza, miro de nuevo el teléfono y encuentro que es una angustia insostenible. Tendré que entrar y aun no sé nada de ellas.

Son las ocho y cuarenta y tres. Apenas presiento un sonido, me apresuro y atiendo la llamada. Es mi hermano; mi cuñada ha tenido que pasar al cuarto con ellas, todo está listo y ha llegado el momento; al fondo, escucho voces que animan a seguir, a luchar y hacer un esfuerzo más. Acerco el teléfono a mi oído izquierdo, casi pegado al corazón y siento que el mundo ensancha, deja de ser

mío y ahora pasará a ser de ella. Toda ausencia, toda espera, es ahora nada. Mi hermano poner el altavoz y el teléfono se convierte en un túnel por el que corro hacia ella.

—Ahí la tenés. Es Lola.

Son las ocho y cuarenta y siete.